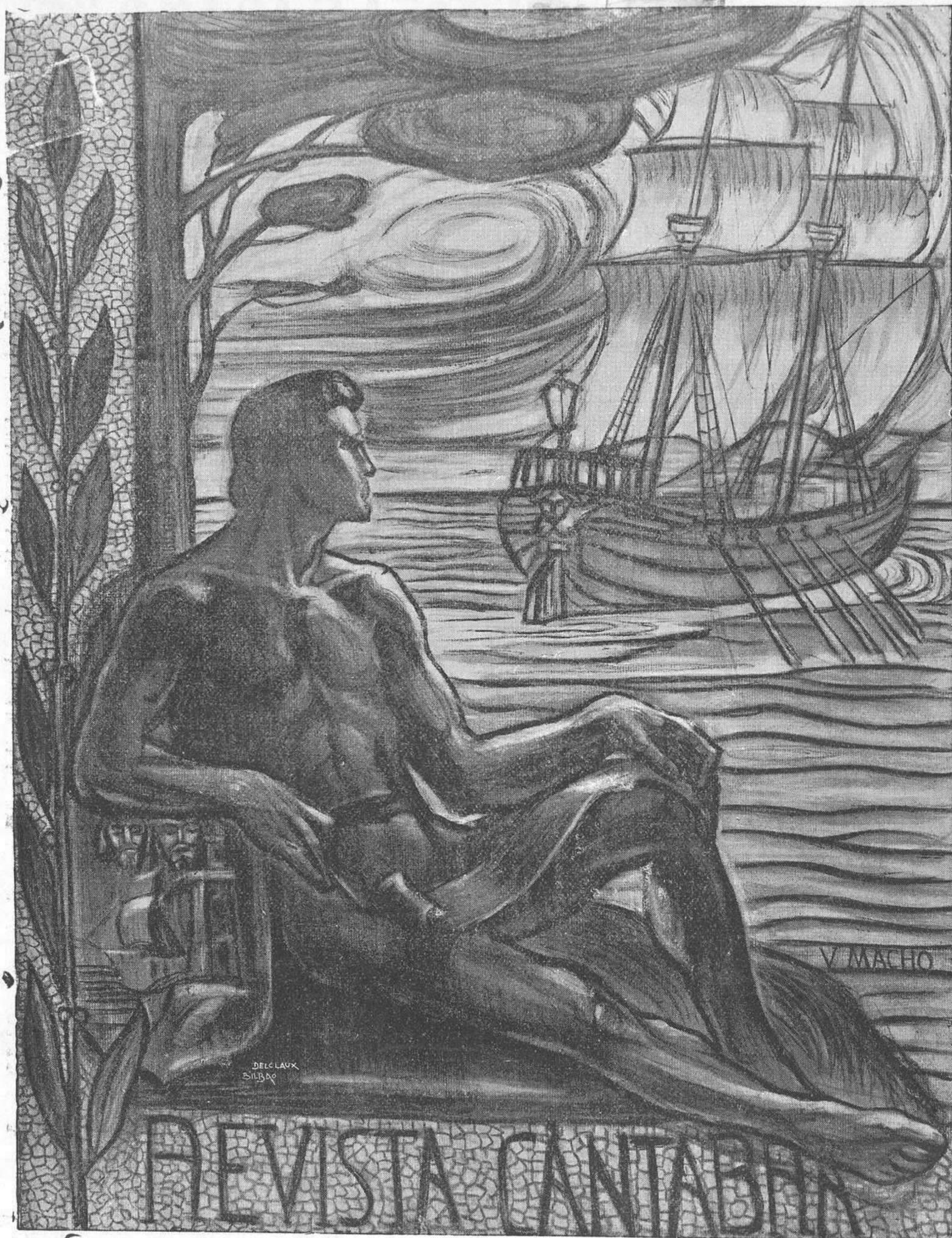


Santander 22 de abril de 1911



Número 171



Publicación Semanal Ilustrada

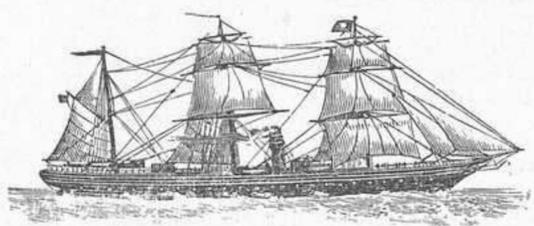
Precio del número: 15 céntimos

GRAN SALON DE PELUQUERÍA

Boulevard de Pereda, 16.—SANTANDER

AL LADO DE LA CONFITERÍA GADITANA

SERVICIO ESMERADO



VAPORES CORREOS
DE LA
COMPañÍA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA

Servicio mensual regular el día 20 de cada mes

ENTRE
SANTANDER, HABANA Y VERACRUZ

PARA INFORMES
Hijos de Angel Pérez y Comp.^a
Muelle, 36.—SANTANDER

CHOCOLATES
"LA MONTAÑESA"
ASTILLERO (SANTANDER)

Despacho en Santander: Muelle, 7 y 8
Thés y cafés superiores, Bombones, Napolitanas

PEDID EN TODAS PARTES

LOS EXQUISITOS VINOS DEL

Marqués del Mérito

Especialidad en Jerez y Cognacs

PIANOS ERARD

LOS MEJORES DEL MUNDO

Representación y depósito exclusivo en España

CASA DOTESIO

Wad Ras, 7 (Plaza de Pombo) SANTANDER

* * * * * Música de todas las ediciones. * * * Instrumentos
para bandas y orquestas. * * * Pianos de las mejores mar-
cas. * * * Armoniums para capillas. * * * * * * * * *

Revista



Cántabra

SUSCRIPCIÓN: En Santander 1,50 ptas. trimestre
 En el resto de España 2 » »
 En el extranjero 3 » »

Redacción y Administración: Santa Clara, 8 y 10, pral.
 Toda la correspondencia al Director.—No se devuelven los originales.

CONCERTADO EL IMPUESTO DEL TIMBRE SOBRE ANUNCIOS

VALLE DEL NORTE

En la glorieta aldeana, junto al río, ante un magnífico panorama de montes coronados de niebla, oyendo el lejano rumor del mar costero, que levanta inquieto y rumoroso su eterna sinfonía, parecen escritos los versos que Luis Barreda ha puesto en las páginas de «Valle del Norte». Versos son de clásico abolengo montañés, rimas septentrionales, vagas é indecisas, como nacidas á la luz de un crepúsculo de otoño en un valle escondido, para ser recitadas al amor de los tizones en la cocina solariega. Las inspiró el cariño á la tierra madre y la musa que ensaya sus canciones en el roble agreste guió la mano del poeta.

Cuando Barreda dió al público sus primeros versos, nos dijo con admirable sencillez cual era su canción. El sabía que era una estrofa de extrañas formas, de sonos melancólicos como las tonadas de la aldea, que solo podía tener vida en regiones de nieblas y montañas, donde la luz del cielo no se deshace en oleadas de fuego, ni el ritmo de la vida compone opulentas y cálidas sinfonías, sino donde el sol dora las cumbres con tenues colores de

oro viejo, y la humana corriente se desenvuelve y pasa con la serenidad y la tristeza de un canto nocturno. Supimos así que á la luz cegadora del Mediodía prefería las azules nieblas de la costa y los grises tules que envuelven estos campos de la Montaña, velándolos con el encanto de un cendal misterioso y abriendo en el espíritu el surco donde van posándose poco á poco, plácidamente, las alas del sentimiento y del amor.

Con el cariño de la tierra en el alma y en los labios el himno del valle nativo, cantó el poeta las noblezas y melancolías de su solar, el silencio de la mies, los murmullos del encinar, los ruidos de la costa; y en dos libros primorosos y juveniles—«Cancionero Montañés» y «Cántabras»—puso al descubierto su corazón palpitante por los puros goces de su huerto norteño, en cuya



Luis Barreda

paz iba hilvanando estos versos de hoy, sencillos, dulces, cadenciosos como una balada, nacidos de su amor y su pesar, bajo el influjo de una mirada, que era como un beso de luz en la frente del bardo. Estas rimas que hoy florecen en «Valle del Norte», hijas son de la canción que, nacido apenas á la vida del arte, aprendió el poeta. La oyó, acaso, al pasar junto á la mies aldeana, entre so-

nar de panderetas de vuelta de una romería, ó á la vera del bosque sacudido por el latigazo del ábrego. Por eso es sollozante como el lamento del aire en noche de misterio.

*La canción de mis pesares
hija triste de las nieblas;
mariposa que en tus labios
vida cobró y alas nuevas.*

La Musa que inspirara á Evaristo Silió, ha plegado sus alas junto á Luis Barreda. Salvad el tiempo que separa la vida de ambos poetas y hallaréis entre ellos un hilo misterioso que acerca su arte y pone en los versos de Barreda algo así como el viejo perfume que se desprende de la poesía de Silió. La ternura y el sentimiento del poeta de «La cita en el valle», la delicadeza y vaguedad de sus rimas, su misma pureza de expresión, tan alabada por Menéndez Pelayo, se hallan en los versos de este nuevo cantor del valle del Norte. Los dos tienen su fuente de inspiración en el propio terruño y los dos, también, parecen llevar encendida la misma leve llama que les inquieta el corazón y el pensamiento.

Muéstrase Barreda en su último libro, tan amigo del reposo y la soledad como otras veces. Se diría que tiene el mágico poder de descubrir la «voz del silencio» y que con sombras ilumina misteriosamente su espíritu.

*¡A que posar en montes y llanuras,
mirada y pensamiento!
Si tristeza invernal cubre los campos,
en el recinto del salón soñemos.*

*Zumba lejos el mar; la carretera
no siguen ni errabundos pordioseros;
y nuncio de pesares, á la ermita,
volando pasa un cuervo.*

*Amada, ven; tapices y armaduras
que en los muros colgaron tus abuelos;
escenas de otros siglos
evocan en silencio.*

*¿Porqué las nuestras, almas soñadoras,
no han de tornar á los pasados tiempos
y anegarse en la intensa poesía
de todo lo pretérito?*

Como antes también ofrece su cariño á la Montaña, nostálgico y enfermo de tanto amar su cielo gris y sus campos de verdor eterno. Y en ligero romance envía la ofrenda que formó desde lejos:

*Hermana: cuando llegues
á tierra montañesa,
acuérdate del triste
que en las llanuras queda.*

*Será al morir la tarde...
Las azules hortensias,
en floración pomposa
tendrá la primavera.*

*Con sedativa música
abreviarán la senda
el viento en los nogales
y el agua entre las peñas.*

*Ante el humilladero
de mal unidas piedras,
una oración tus labios
perfumará en la vega.*

*Y acaso una voz clame
por celebrar tu vuelta:
—¡Ya viene la señora,
ya viene á honrar la aldea!*

*Portal, solana, estanque,
umbrátiles veredas,
campo de las boscosas
márgenes del Pisueña...*

*Lugares bendecidos
que amó la madre muerta:
pedazos de mi alma
os lleva la viajera.*

Y un grande amor perfuma las últimas páginas del libro, envolviéndolas en una oleada de ternura que parece traer diluída el alma del poeta. Es como una voz que se levanta sobre todas las que han sonado para vibrar fuerte y dominadora:

*Al valle algún día volverás... Y acaso,
desde la solana, llegado el imperio
triste del ocaso,
la mirada pongas en el cementerio,
que á mi cuerpo asilo para siempre dió
y evocando el claro curso de mi vida,
«Tuvo mi poeta—pienses conmovida—
dos grandes amores: la Montaña y yo».*

La dulce poesía de Luis Barreda, no es llanto de su corazón, sino anhelo y sollozo. Anhelo de la tierra, de su música y su quietud, y sollozo de su alma que irrumpe en sus labios como una cadencia lejana, desfallecida y tierna como un nocturno de Chopín. En el corazón de nuestro poeta, lleno de amor y de ensueños, hay siempre nubes y melancolías de Otoño.

«Valle del Norte», tiene como padrino y amparador á Ricardo León, el príncipe de la triunfante juventud literaria. Mejor como padrino, que los versos solos se amparan y sueltos pueden ir por los caminos del sentimiento y del Arte, sin temor á perderse. ¡Y qué hermosa ofrenda la del autor de «Casta de Hidalgos» á este solar de sus más devotos admiradores!

Ricardo León se muestra en el prólogo agradecido y enamorado de esta tierra, abre su pecho á las bondades que atesora y parece ponerse de rodillas para adorarla mientras la canta un himno primoroso de sinceridad, de ternura y estilo. Lejos, en el palenque de sus luchas, conserva el ilustre escritor la visión clara de la región remota y aún lleva en el alma el abrazo que le dimos al partir, hace años, los que fuimos sus compañeros, sus hermanos en horas de dolor y en días de placer. Ahora nos lo devuelve con la fuerza de su alma bondadosa templada en la lucha y en el triunfo.

Dios quiera pagarle tanto amor con su dulce amparo y cortar para su frente de poeta nuevos laureles. Entre tanto las musas montañesas sabrán corresponder á su ofrenda tejiendo una corona con hojas de estos robles centenarios, de estos árboles seculares cuya pompa se desata en el aire como el penacho de un yelmo que adorna los blasones del solar montañés.

José Montero

VERSOS

DIME, SEÑORA...

¿A cuántos arrancaste de amor dulces querellas
y hundiste en el más negro dolor de los dolores?
Dime, señora, el número de los adoradores
de tu divino cuerpo, de tus miradas bellas...

Cantaron de tus risas los dulces ruseñores,
y altiva desgranando su majestad en ellas,
me dijo:—¿Tú podrías contar esas estrellas?
¿podrías de esos campos enumerar las flores?

Manchas de sombra inquietas, bajos sus pies temblaban
las hojas que en un claro de luz mece la brisa;
y eran cual corazones que su senda alfombraban.

Y entre sus tristes ayes gimió tu voz sumisa,
oh corazón enfermo, al que también pisaban
los pies de la que alfombras de corazones pisa...

NIETA DE HÉROES

Oh marquesita, tus progenitores
descienden de una estirpe de grandeza
que tiene de su heráldica en las flores
un perfume de cetros y realeza.

Mas hoy, en torno á tu gentil cabeza
no inflama épico sol rancios honores...
Tu corona es un nimbo de tristeza
¡oh nietecita de conquistadores!

Parece que se extingue tu mirada
y que al copiar los cuadros del castillo,
en sus azules, débiles reflejos

eleva un héroe la gloriosa espada,
y así, animando, última vez, su brillo
dice á la nieta... adiós, desde muy lejos...

Ignacio Zaldívar Oliver.

EL SARAMPIÓN POÉTICO

Yo sostengo que en esos entretenidos libros que hablan de Fisiología y nos enseñan el mecanismo del juego rítmico del corazón, el chispazo del dolor; que desmenuzan la complejidad de nuestras sensaciones y osadamente pretenden también desentrañar el laberinto de la inteligencia, debiera haber un capítulo ó un artículo ó una nota, algo, en fin, que se refiriera al sarampión poético, porque este sarampión poético es un síntoma tan propio de la pubertad, como el sarampión á secas lo es de la infancia.

Y sino, he aquí á nuestro amigo Inocente Clavileño, un muchacho que hasta hace poco era como quería el filósofo que fuesen los hombres antes de ser inteligentes, unas *buenas bestias*. Pues este muchacho todo vigor, reciedumbre de los miembros, risa sana, alegría ingenua, que no tuvo más ocupación que jugar al marro y hacer largas excursiones para la caza del grillo, de repente adquiere un aspecto tristón, las mejillas se marchitan, los ojos miran lánguidos, cercados de unas ojeras violáceas, como febriles. Se hace callado, y á veces le encontráis en un rincón, llorando sin motivo aparente. Ya no juega, huye de sus camaradas, lee novelas sentimentales; su alma es toda sensibilidad, como arpa de oro que cualquier eco hace vibrar. Pero de repente la incógnita se esclarece y con esto nuestro temor se disipa. Un día, cautelosamente se acerca á nosotros, y del bolsillo saca un papel arrugado; es un soneto.

«Era una noche tibia, embalsamada»

.....

Es el sarampión poético, es la pubertad.

¿Y qué será, andando el tiempo, de este germen de poeta? Lo más fácil es que se agoste. Los padres de Inocente se asustan más que si el chico tuviera tercianas ante aquel soneto, y le espían y persiguen sus lecturas. Pero el poeta pugna por subsistir, y un día acude á una persona de peso, á un señor respetable de hablar medurado, de esos que dan tres vueltas y media antes de soltarla á cualquier cosuca que nace en su cabeza, y solicita su opinión. Y entonces, tembloroso y balbuciente, empieza á recitar el soneto:

«Era una noche tibia, embalsamada»

—Conque poeta ¿eh? Bien... bien... Bueno. Mira, no está mal ¿sabes? no está mal; pero si vieras... esto de la poesía sí anda mal. Los poetas no comen. Además, antes que tú otros verdaderos poetas han esquilado el terreno. ¿Qué nos vas á decir de nuevo? ¿Que el sol, á veces, cuando muere en el ocaso, parece incendiar el horizonte? ¿que en la noche callada la luna con su blanco sudario...? ¿que el ruiseñor se derrite en gorjeos...? No, amigo; por mucho que tu esfuerces, no llegarás á dar á tus estrofas ese dejo amargo, ni á infiltrar en el que lee ese agobio doloroso que comunica Espronceda en su canto á Teresa, ni expresarás tu amor á la tierra, á la naturaleza fuerte y vigorosamente fecunda como Gabriel y Galán, ni, si eres burlón y escéptico, conseguirás ser tan irónico, tan mefistofélico como Campoamor, que cínicamente ríe y desprecia á la humanidad tras de sus versos hermosos. Créeme, que mi consejo es de amigo y de hombre maduro. Estudia, trabaja, procura sobresalir en tu carrera, hazte rico y... luego sé poeta.

Ya va nuestro hombre un poco triste, un poco apabullado, si vale el vocablo, calle adelante. Resulta que el soneto aquel es una cosa chabacana ¡que extraño!, y no obstante cuando él le escribió temblaba, ardía la pasión en su sangre, parecía que su alma se estremecía para dar á luz algo estupendo.

* * *

Pasaron años; el poeta, que á pesar de todo sigue siendo poeta aunque sus versos sean malos, vuelve á visitar al señor su amigo. Ahora va más sereno; lleva bajo el brazo un manuscrito. Es una memoria acerca de «Las causas de la decadencia de España». Lee con brío, con el

fuego de los veinticinco años. Por las páginas de su escrito campea una historia algo pueril é inocente de las desgracias del país. Allí se habla de la instrucción, de la cultura, que él presenta como panacea milagrosa, de la industria, de la política de campanario con caciques, de los gobernantes que toman el oficio como *sport* ó como un medio... Y después viene el tratamiento de la dolencia, el plan de la regeneración, algo ingenuo, con un sano candor simpático y efusivo.

El amigo sonrió bondadoso.

—Créeme, decía, que es altamente meritorio tu esfuerzo; pero es lástima que la vena de tu talento derive por ese cauce tan trillado. Porque una de las plagas de España ¿no es la estos arregladores del país? Vas á un café y allí el simpático chupatintas, y el honrado tendero de la esquina, y este señor de clases pasivas, y otros dos ó tres pacíficos compatriotas que toman la vida en serio, están todas las noches arreglando el país. Y tú que vales, no puedes sumarte á ese enjambre de profetas que huelen mal y no guardan en los bolsillos más allá de los dos reales del cajé. Tú sigue tu camino; tu triunfo está en hacer una labor objetiva que se vea, que te ponga sobre el nivel de los demás mortales. Tú procura tener fuerza, y no te importe que esta fuerza te la dé el dinero ó el talento, puesto que son valores reversibles. Conquista tu independencia, ve recto al fin que te propongas; pero no mires á los lados. No divagues...

Fué á su casa, y de corrido, sin titubear ni equivocarse, redactó esta carta para el señor respetable, su amigo:

«Mi querido amigo: Tiene V. razón; lo que tengo es el sarampión poético. Cómo, no siendo poeta, hubiese escrito una memoria acerca de «Las causas de la decadencia de España»? Mas este sarampión debe brotar y yo no pienso impedir el crecimiento del exantema. Ya sé que no hago nada nuevo, nada que no esté resobado, que no despida el hálito de otras manos más sabias, que antes desfloraron el asunto. Sé que mis poesías son ramplonas, y que mis estudios de sociología nada tienen de original, sino que antes bien son no más que reminiscencias, ecos, bocetos dormidos en la memoria desde que entraron en ella con las lecturas y los estudios.

»Sé que el ser poeta no es escribir versos, que la poesía está inmanente en la vida y fluye hasta de donde no esperábamos sino aridez y monotonía; he percibido la poesía de un cálculo ma-

temático siempre exacto y de la órbita peremne que el astrónomo ve describir á los astros que ruedan en el infinito.

»Sin embargo, persisto en escribir. ¿Pues cómo? dirá usted. ¿Para qué esa lucha estéril, en la que de antemano te ves vencido? Pues por porque sí; por la lucha misma sin aspirar á nada: sólo por luchar y vencer ó ser vencido ó morir luchando. Además, usted sabe que yo no sé jugar al tresillo, que no voy á los toros, que me oburría cuando quería morirme de gusto en una *juerga*. Yo soy un hombre tímido, incapaz del arte del flirteo. Usted sabe que el amor es para mí una cosa respetable, y no tengo valor para jugar con el corazón (¿por qué negar que le tienen?) de una pobre mujer que pudiera distraer mis ocios.

»Tomemos, pues, estos escritos insulsos como un pasatiempo. En último análisis, si pretendemos inquirir las causas finales, el preguntarme á mí por qué escribo, es como interrogar á un coleccionista de sellos por qué hace tal insensatez, ó á este bípedo implume por qué se come las uñas, ó á tal otro por qué se tiñe el pelo. De esto nada sabemos.

»Yo cuando tenga hijos fomentaré este sarampión poético, que en mí, como en tantos otros, no ha sazonado el fruto; porque mientras brota son idealistas, suspiran á la luna, y porque de estos que la gente llama locos, de cuando en cuando sale uno que se agiganta y nos hace más suave el vivir.

»Usted, amigo mío, es un hombre frío, ponderado, que se ríe de los poetas, mientras éstos, por venganza, con las manos en los vacíos bolsillos, se burlan de usted, que tiene rotundo el abdomen y mondo como bola de billar el craneo.

»Pero los poetas que se ríen de usted ó usted que se ríe de los poetas con la fuerza de los billetes de banco ¿son felices? No; la frialdad de usted quiere decir desilusión, hielo en el corazón, y las inocencias, á veces algo intencionadas de los poetas, hablan de amor, de idealidad, de ensueño, aunque también de escasez de recursos.

»¿Quién acierta?

»Es su buen amigo—*Inocente Clavileño*.»

Manuel Pelayo

Cuando al nacer ó ponerse el sol parece mayor de lo que suele, denota lluvia, y más cierto si el aire no estuviere bien limpio y hubiese ábre-go ó vendaval.

LA MIES DE HOGAÑO

El joven catedrático don Narciso Alonso Cortés, autor de varios libros de crítica y literatura, ha publicado un tomo de poesías con el título *La mies de hogaño*.

Lleva el libro un soneto preliminar de Manuel de Sandoval y una carta epílogo de Salvador Rueda. A continuación publicamos varias composiciones de *La mies de hogaño*, buena muestra del valor del nuevo libro.

El soneto clásico

Soy el soneto clásico y sonoro
de recios miembros y arrogante brío;
el que gozó el amor á su albedrío
y sus versos cantaba en lira de oro.

Con mengua de mi fama y mi decoro,
hay quien toma—¡villano!—el nombre mío.
¡No es soneto quien viste otro atavío,
aunque lo afirme así gárrulo coro!

Yo mis timbres clarísimos sostengo;
es noble y linajudo mi abolengo
y está su ejecutoria en el Parnaso;

de gloria mis hazañas se ven llenas;
y es la sangre que corre por mis venas
la sangre de Petrarca y Garcilaso.

* * *

Los primeros padres

¡Oh mi señor ilustre Gonzalo de Berceo,
cuyas piadosas coplas devotamente leo!
¡Señor que, separado de todo devaneo,
la vida de tus Santos presentas en trofeo!

Varón austero y grave que, en su mansión recluso,
el *román paladino* logró poner en uso.
Poeta-sacerdote que con fervor compuso
la vida milagrosa de San Millán de Suso.

Cantos del monje santo que á Silos dio memoria,
que de la Madre Santa loando vas la gloria,
que cuentas en tus versos la edificante historia
del mártir San Lorenzo ó de la Virgen Oria.

Tú, narrador creyente, que al cielo se encomienda;
tu, que á la poesía marcando vas la senda;
gran padre de los versos, señor de la leyenda,
recibe de mi mano respetuosa ofrenda.

Héme á tus pies, bravo Juan Ruiz
que vida goces muy feliz.

El arcipreste picaresco,
de cuerpo fuerte y rostro fresco,
mirar alegre y villanesco,
boca sensual, lengua nariz.

El que pasó noches y días
en agradables correrías,

el que sus muchas picardías
pintó con lúbrico matiz.

El que contó graciosos cuentos,
el que de amor sufrió tormentos
y siempre halló en Trotaconventos
fácil tercera de un desliz.

El que tocaba la vihuela,
el que rondaba sin cautela,
el que de amores puso escuela.
Héme á tus pies, bravo Juan Ruiz.

El rey de la sierra
todos dicen que es
el noble marqués.

Hallé una serrana
que dijo: «Me muero
por el caballero
que honró á Santillana.

Es fresca y lozana
la musa montés
del noble Marqués.

Por el mes de Mayo,
al nacer el día,
en la serranía
le hallé del Moncayo.

Miróme al soslayo,
con vivo interés,
el noble marqués.

Al verle sencillo
dejéle que hablase
con rústica frase
que olía á tomillo.

Su grato estribillo
contóme después
el noble Marqués »

Yo dije: — Serrana,
es cierto, á fé mía.

Si tú estás ufana,
yo beso los pies
del noble Marqués.

* * *

...Y pidió trovas

— A tus plantas humillo, mi señora,
la heróica espada que venciera en Flandes.
Las proezas y hazañas que demandes
ha de afrontar, pujante y triunfadora.

No rendida en la lucha, quiere ahora
lograr en honra tuya empresas grandes.
Habla, y al punto hará lo que tú mandes.
Es tu leal y ciega servidora.

Con ella no habrá nadie que me estorbe.
Pasearé con ella todo el orbe
y de ricas comarcas me haré dueño;
venceré á campeones y adalides
y aún exterminaré, si tú lo pides,
los temibles dragones del ensueño.

— Guarda, guarda, señor, yo te lo mando,
la recia espada de cortante filo.
No quiero que mi amor, dulce y tranquilo,
se escriba en sangre con acero infando.

No quiero verte errante y peleando
por luengas tierras, sin mi amante asilo,
ni en busca de aventuras, al estilo
de Amadís, de Oliveros ó de Orlando.

Dime versos, señor. Por mi alegría,
la puerta de tu ardiente fantasía
deja libre á las rimas amorosas.

y, con las vaguedades del deseo,
oiga yo en mis oídos su aleteo,
como grupo de blancas mariposas.

— Justo es, señora, que tu gusto acate.
La espada romperé, pues lo deseas.
Ya no he de entrar en lances y pelzas
con mi ferviente amor por acicate.

No afrontaré los riesgos del combate
en alas de fantásticas ideas.
Tendrás trovas — riquísimas preseas, —
tendrás rimas — joyeles de magnate. —

Llegaré por las sendas del arcano,
al reino de las Hadas, y mi mano
el árbol cortará de la Leyenda;
de la hermosura beberé en la fuente,
y en seguida, feliz y sonriente,
versos divinos te daré en ofrenda.

Gracias, gracias, señor; así te quiero,
rendido y amador, noble y sencillo,
no con la fiera espada del caudillo
ni la dura coraza del guerrero.

A mis pies, amoroso prisionero,
entona tu poético estribillo,
mientras en las ventanas del castillo
el genio de los aires ruge fiero

Escuche yo tus versos en voz feble,
que con letra brillante é indeleble
en mi memoria quedarán impresos;
y por rendirte gratitud inmensa,
sobre tu frente, en digna recompensa,
una guirnalda ceñiré de besos.

LOS CLAVELES ROJOS

LEYENDA

Soñando con la infinita poesía que
emerge de nuestras llanuras pardas,
escribo estas cuartillas, pobres, des-
aliñadas, pero que llevan en las albu-
ras del papel y en el luto de la tinta,
un aldabón de esperanzas, que empu-
ña el cuentista, para llamar á las
puertas de la revista hospitalaria.

I

DEDICATORIA

¡Pobre Maruchi! Tu imagen pálida, espejo
misterioso del romanticismo, ha recurrido al más
pobre de los cuentistas, para que resucite una
leyenda vieja, demasiado vieja, que tiene todas
las tonalidades de tragedia.

¿Por qué no dejaste al poeta que siguiera ensimismado en sus rosicleres de amores? ¿Por qué viniste á rasgarle las cuartillas, en donde el soñador cantaba con dulcísimas trovas la hermosura de la mujer amada? ¿Por qué ahogaste su inspiración de iluso con las temibles palabras de una confidencia triste?...

¡Fuiste cruel conmigo, bella Maruchi! Deberas haberte olvidado de mi humilde boardilla, llena ya de recuerdos conmovedores, deberas haberte puesto fuera del alcance de mi objetivo literario, acaso demasiado sentimental...

Sin embargo, te perdono. Y ya que tu imagen desconocida hase quedado impresionada en el cliché de mi fantasía, discúlpame si me atrevo á exhumar tus cenizas, para decir á las multitudes la dolorosa historia de tu paso por el mundo, dedicándote precisamente tu leyenda; la leyenda de *Los claveles rojos*.

II

LOS SALTIMBANQUIS

«¡Títeres! ¡Títeres!»

Un carro destartado y viejo, hizo alto ante los descomunales portones de la posada de Magaz. Los chiquillos del pueblo le rodearon, poseídos de una curiosidad inmensa por conocer á los recién llegados.

El primero que descendió del vehículo, fué un muchacho, casi un niño, de fisonomía simpática y mirada un tanto melancólica,

Los pequeños se atrevieron á interrogarle:

—¿Sois titiriteros?

—Sí.

—¿Vais á trabajar aquí?

—Esta noche.

Y el grupo de chiquillos se disolvió, y al minuto todos los habitantes de la aldea, estaban en antecedentes de la fiesta que se iba á celebrar.

¿Habéis visto alguna vez á esas criaturas desarrapadas y hambrientas, que flexionan sus cuerpecitos entre las estrecheces de un aro? ¿Habéis sentido ese pavor que se apodera de nuestro espíritu, cuando nos fijamos en la escuálida niña, que vendados los ojos y sostenidas las puntas de dos cuchillos sobre las sienes, avanza resueltamente á lo largo de un alambre inseguro?

Si lo habéis visto; si una noche en la plaza del pueblo y á la macilenta luz de unos enmohecidos vasos de acetileno sentisteis el monótono sonido del viejo tamboril, pretendiendo hacer coro con el eco de un clarinete mal tocado, dis-

culpádme la omisión del espectáculo que tuvo efecto en Magaz...

¡Pobres artistas de la legua! ¡Sólo una vez podéis conseguir impresionar al público!; cuando trabajáis sobre un alambre á veinte metros de altura, y el alambre se rompe.

Una niña escuálida, que yace en tierra con la cabeza destrozada... Es, únicamente, cuando interesais á las multitudes. ¡Y ni aun entonces os llaman desgraciados!

III

MARUCHI

De todos los números que formaban parte en la compañía de saltimbanquis, Maruchi era la única artista.

En aquellos ojos azules que no sabían mirar más que para inspirar romanticismos, en aquel rostro pálido y un poco demacrado como el de una neuórtica, y en aquellos cabellos rubios que algunas veces mientras trabajaba en la plaza se desparramaban rebeldes sobre la frente nívea, se revelaba el temperamento de la mujer soñadora.

Maruchi se sentía avergonzada ante los públicos incultos y semi-bárbaros.

No; aquel no era su centro. ¡Cuántas veces pensando en las actrices las había adivinado seductoras con sus elegantes vestidos blancos diciendo palabras de amor al oído del galán joven! ¡Eso si que debía ser bonito! ¡Si ella pudiera ser actriz!...

Por eso cuando llegaba el momento de representar un diálogo sentimental, Maruchi recitaba con un estilo altilocuente, y su imaginación divagaba por los alcázares de ese Arte puro y arrebatador donde se cimenta el pedestal de la gloria.

La pobre niña era huérfana. Su madre había muerto pocos momentos después de que ella viniera al mundo, y su padre, artista meritísimo que recorrió casi todos los circos de España emocionando á los públicos con un arriesgadísimo *salto de la muerte*, puso un epílogo trágico á sus proezas en la histórica ciudad de Salamanca.

Desde entonces Maruchi había seguido su peregrinación de amarguras por las aldeas, en la compañía de saltimbanquis que oímos llegar á Magaz, y ella era la niña escuálida que vendados los ojos y sosteniendo las aceradas puntas de dos cuchillos sobre las sienes, avanzaba resueltamente á lo largo de un alambre inseguro...

Tendría por aquella época diez y seis años y ya sabía que en las caravanas de titiriteros la fama es imposible y que lo único que preside su eterno caminar por los pueblos es el hambre...

¡Desgraciada Maruchi! Hoy que aquellos ojos azules se han cerrado para siempre y los cabellos rubios no empañan rebeldes la blancura de la frente; hoy que aquella juventud de neurótica no vive con nosotros, y aquel rostro pálido y aquellas formas esculturales se habrán hecho tierra, siento una admiración más grande hacia la pobre niña, y hay momentos en que la presiento jugando con las chiquillas del pueblo, enseñándolas cantares á cambio de un pedazo de pan.

Por eso al escribir estas cuartillas en las que tantas veces se escapa de mi pluma su nombre, quisiera como Byron para cantar un himno de resurrección á la pobre mártir que no supo hacer reír en los monólogos chulescos y que acaso algún día pensó en abrirse una vena con los afilados cuchillos que se apoyaron en sus sienes calenturientas.

IV

DEL CAMINO

Moría la tarde cuando el vehículo destaralado de los saltimbanquis salió de Magaz carretera adelante...

Es profundamente triste el sino de estos caminantes que van pregonando por las aldeas las primicias del Arte, y casi todos mueren en un hospital.

Cuando trabajan parecen soñadores, y sin embargo nada de lo bello parece interesarles. Ellos ni han gozado ante los encantos armoniosos de una alborada, ni han sentido una emoción en el alma con las notas excesivamente poéticas del crepúsculo... Dijérase que son unos rebeldes.

Y una mezcla de rebeldía y de indiferencia ante los grandiosos espectáculos de la naturaleza embargaba el corazón de los titiriteros cuando ya, respirando á pleno pulmón la brisa campesina, siguieron carretera adelante...

Maruchi no quiso subir al carro. Absorbida en profundas meditaciones, paseando su mirada melancólica á lo largo de la estepa interminable quedose atrás, recogiendo unas veces florecillas que nacieron al borde de las linderas, y pensando otras

en su vida siempre errante, siempre aventurera...

La llamó el que hacía de director de la compañía. Era un hombre extraño que infundía respeto y pavor á un tiempo mismo... Sus subordinados le llamaban don Pedro, sin duda para darle mayor importancia en su cargo de jefe de la troupe. Alto, delgado, de rostro cetrino y mirada torva, nadie pensaría que aquel señor tan serio, era el mismo que por las noches en la plaza, hacía provocar generales carcajadas en el público con sus cómicas ridiculeces de payaso.

Maruchi montó en el vehículo. El la dijo:

—Esta noche harás un nuevo ejercicio... es sencillo. Consiste únicamente en levantar estas pesas... A tí te sobran fuerzas, y lograrás cosechar muchos aplausos.

La niña no podía protestar. Quiso hacer disimuladamente una prueba, empuñando aquel férreo armatoste tirado en el carro; pero el aparato ni siquiera se movió...

Cerca se divisaba un pueblo. Algunas chimeneas proyectaban fantásticas iluminaciones en el espacio, delatando la iniciación del fuego en los hogares...



Eusterio B. Alario Montes

Maruchi tembló. ¡Y aquel hombre que la miraba amenazador!...

La víctima se aprestaba al sacrificio.

Era casi anocheado...

V

FLORES Y ESPINAS

Iba á comenzar la función. En la plaza se habían levantado esos trapecios emocionantes que á mí se me antojan patíbulo.

Ya había bastante concurrencia y de un círculo espacioso apenas si quedaba libre el cuadro que ocupara una alfombra vieja y agujereada, donde trabajarían los saltimbanquis.

Allí estaban todos vestidos con llamativos trajes de percalina, esperando una orden del director para empezar los ejercicios...

Maruchi casi lloraba. Preveía un fracaso y no hay artista bueno ó malo que se resigne fácilmente cuando vislumbra una decepción... Sentada en un viejo taburete, arrebujada en un mán-ton pardo con que recatadamente ocultaba su indumentaria de atleta, apenas si apartaba la vista del público como implorando benevolencia. Y todas las miradas de los espectadores se fijaban en ella, sin hacer caso apenas de don Pedro que con una deslucida indumentaria de Pierrot había comenzado á hacer cabriolas sobre la alfombra.

Por fin llegó el momento. Las terribles pesas de hierro esperaban en el suelo el brioso empuje de una mano gigante que las hiciera perder tierra... El director desafió á Maruchi con una mirada de verdugo, y la pobre niña se dispuso resignadamente á ser silbada.

Tuvo un momento de duda en que quiso hablar al público; decirle la infamia de don Pedro, pero un presentimiento cruel la detuvo... ¿Qué iba á ser de ella después? La expulsarían de la compañía y tendría que pasar por el rudo trance de pedir una limosna... ¡Oh! no; no.

Asió las pesas con una de sus manecitas blancas, y el aparato no se movía... Por fin en un desesperado esfuerzo la mole de hierro quedó suspendida un poquito en el aire... Sonó una ovación frenética, delirante, y Maruchi sonrió satisfecha...

Mas ¡ay! que con la fragancia de aquellas flores no conoció la pobre neurótica que en su cuerpo se habían clavado las primeras espinas.

* * *

VI

POEMA DE AMOR

Maruchi no había gustado nunca las mieles del amor. En su constante ambular por las aldeas no encontró quien la hablase en ese lenguaje sublime que es lema de los corazones rendidos ante la figura de una mujer bonita...

Pero un día la pobre niña supo al fin de los idilios arrebatadores. Fué en un hermoso atardecer de primavera, cuando Maruchi libre por unos momentos de las torturas del trabajo, jugaba en la campiña con Toñuelo, otro muchacho de la compañía encargado de los juegos malabares...

Cansados de corretear por la llanura sentáronse ambos sobre la verde alfombra de una linde donde crecieron multitud de extrañas florecillas... Y allí contemplando la inefable poesía de los trigales glaucos y de las cebadas rubias, ante los casi extintos rayos del sol muriente, al lado de una fontana que ponía rumores de égloga en su misterioso teclado de cristalinas notas, los dos fuéronse contando poco á poco su cuitas, ingénuamente, como se hablan dos hermanos.

Y cuando las primeras tonalidades grisáceas del crepúsculo dejaron ver en el cielo el casi imperceptible disco de unas pocas estrellas, Maruchi pudo escuchar, algo ruborizada, la confesión de Toñuelo que hablaba tímidamente, como avergonzado de sí mismo...

En el silencio de la noche, un «sí» mimoso y purísimo comenzó á rimar las primeras estrofas de un poema de amor.

VII

EL CRIMEN DE LAS PESAS

Hacia varios días que Maruchi no trabajaba en la plaza. El cotidiano ejercicio de las pesas había causado una herida de muerte en aquel organismo anémico...

Ya no era la niña revoltosa que en otros tiempos jugara con las jóvenes del pueblo enseñándolas cantares aprendidos en el transcurso de su vida andariega, no. Ahora sus ojos picarescos se habían vuelto vidriosos, y en derredor de ellos un círculo violáceo se extendía hacia los pómulos excesivamente salientes; sus mejillas adquirieron un color amarillento y sus labios antes sonrosados trocáronse en cárdenos...

¡Pobre Maruchi! Recostada dulcemente sobre las almohadas de una cama humilde allá en al posada lugareña, contemplaba con resignación

estoica las huellas que la tuberculosis iba oprimiendo poco á poco en su cuerpo lacerado por los horrores del suplicio.

No tenía médicos que la asistieran... La compañía de saltimbanquis carecía de recursos para llamar á la ciencia en auxilio de la enferma, y el plan curativo se limitaba á tal cual remedio casero aplicado por la mesonera...

Algunas veces el director entraba á ver á la niña y conversaba con ella... Pero no eran sus palabras el bálsamo que consuela ni el cariño instigador de penas. Déspota, poniendo en cada una de sus frases todo el temperamento salvaje del león que se complace con la muerte de su presa aquel hombre de instintos brutales sólo tenía un reproche de egoísmo para la infeliz Maruchi... ¡Como si el dictado de jefe fuera sinónimo del de verdugo! ¡Y cómo si al asesino después de consumado el crimen aún le quedara el derecho de vilipendiar á su víctima!

Porque Don Pedro cometió un crimen con Maruchi... El crimen de las pesas.

VIII

IDILIO TRISTE

¡Aquella alcoba sí que tenía sublimidades de santuario! La luz mortecina de unas lamparillas encendidas igual de día que de noche, proyectaba tonalidades de tragedia sobre unos cromos milenarios, representando la pasión del Crucificado... Y en el centro de la habitación, sobre un lecho incómodo, pálida como una Virgen murillesca, la pobre Maruchi parecía descansar de las fatigas pretéritas...

¡Ni un enviado de la ciencia para combatir aquel padecimiento lento y horrible! ¡Ni un ser querido, velando á la princesina triste!...

La tuberculosis es algo así como un parricida, del que todos huyen...

—¡Agua! ¡Tengo sed! ¡Me muero!...

Y nadie respondía.

Abajo, en la trébede de la posada, los saltimbanquis hablaban de cosas del arte.

Sigilosamente Toñuelo se ocultó de sus compañeros, y corrió hacia la estancia de Maruchi..

¡Cómo lloraba la niña cuando el novio, hondamente impresionado, se atrevió á decirle que la llevarían al Hospital!

—No sufras, vida mía; allí te pondrás buena y volverás con nosotros...

Un beso largo y apasionado sonó en la alcoba con chasquido de sepultura.

—Por Dios, Toñuelo, sepárate de aquí... puedo contagiarte.

—No, Maruchi; deja que mis labios tiñan de carmín tus mejillas pálidas; deja que el calor de mi aliento deposite en tu corazón nuevas savias de vida... Nos separaremos pronto... Ya no volveremos á vernos acaso en mucho tiempo... Te arrancan de mi lado... Te llevan lejos, muy lejos de mí...

Y después de una ligera pausa:

—¿Estás ya mejor, mi vida?—la interrogó.

Ella contestó con un suspiro de moribunda.

Por unos instantes todo volvió á quedar sumido en el más profundo silencio. Toñuelo sollozaba. Maruchi parecía dormir...

Una música de cascabeles llegó hasta la estancia muda...

El carro destartado y viejo de los saltimbanquis había salido de la posada, y esperaba á la puerta.

IX

LOS CLAVELES ROJOS

—¿De modo que según usted...?

—La enfermita está grave, muy grave; además esta atmósfera algo viciada la perjudica mucho... Si pudiéramos conseguir vestirla y que paseara unos instantes por el jardín... Es el último recurso.

Siguió el doctor su visita á los otros enfermos, mientras que una Hermana de la Caridad se dispuso para vestir á Maruchi...

Parecía como si la pobre niña hubiera comprendido que en aquella ocasión era necesario un supremo esfuerzo, y lo hizo...

Luego, apoyada en el hombro de sor Teresa, salió al jardín...

Era delicioso aquel atardecer de primavera. ¡Y cuánto tiempo hacía que Maruchi no contemplaba el azul purísimo del cielo!

Se sintió más aliviada.

—¿Me permite usted que corte un ramo de flores?

—¿Cómo no, si son para tí?

Maruchi, poco á poco fue reuniendo un manojito de claveles blancos... Iba á terminar, cuando un hilillo de sangre fué resbalándose por sus labios violáceos... Quiso incorporarse, pero una hemorragia intensa, la hizo caer al suelo.

Se llamó al médico; avisaron al sacerdote, mas todo fue inútil: la pobre Maruchi había muerto.

Al contacto con la sangre, las florecillas blancas se habían convertido en carmíneas...

Desde entonces es fama que en el jardín de aquel Hospital no volvieron á nacer más que *clavelos rojos*.

Eusterio B. Alario Montes

Palencia, abril de 1911

RICARDO SIMÓ-RASO

Ricardo Simó-Raso es una de las glorias más grandes, uno de los pocos valores positivos y reales que hay en la actualidad en la escena española. No es actor que pertenece á un género; artista de corazón, artista de sangre, para él el **Arte** no admite exclusivismos ni clasificaciones. Con igual maestría busca la corriente oculta del



sentimiento en la frase poética, emocionante, como pone el saborcillo malicioso, el tono intencionado, el picante sainete en el donaire y la sátira. Y en esta diversidad de su temperamento, en los incalculables matices de su arte, que está en los nervios como la fuerza potencial de su vida, se apoya la más firme columna de la enérgica personalidad de este actor eminente.

El otro rasgo que completa y define su figura es la naturalidad acabada, la realidad intensa que da á todos los personajes sometidos á la interpretación de su talento. El sueño del autor se hace en él carne y alma, y las figuras que

nacieron vaporosas, imprecisas, en una imaginación rica y fecunda, al caer bajo el dominio de su arte, hablan y se mueven, sienten, viven, palpitan con el mismo ritmo y las mismas pasiones del mundo humano.

Tan artista, que si le llama genial, el escritor no siente luego ningún peso en su conciencia.

DESDE PARÍS

ALGO DE MODAS

Según algunos los trajes *tailleur* están en decadencia; pero los modistos que á ellos se dedican exclusivamente, y que no en balde tienen muchos de ellos tan bien ganada su reputación, seguramente demostrarán con nuevos triunfos tales augurios. Por el pronto ciertas telas que se creían imposibles de aplicar á dichos trajes, han sido abordadas con grandes éxitos por los más afamados modistos parisienses, quienes en mi humilde opinión, seguirán gozando, como hasta aquí, de la privanza del mundo elegante.

Respecto á vestidos propios para reuniones, teatros y carreras, los modelos más ideales y más ricos que he visto están confeccionados con brocados de muy delicadas combinaciones. También resultan muy lindos los vestidos formados por briales ó polleras de seda *liberty* un poco abiertas por cima del pie, y cubiertas con vaporosas y transparentes túnicas bordadas.

Se observa gran inclinación á echar los colores vivos ó los tonos oscuros, y también aparecen velados los más suntuosos modelos para *soirées*, en los que, la pedrería y los adornos de oro y plata ofuscarían de no estar cubiertos por blendas ó encajes.

La misma tendencia que en los vestidos para *soirées* he notado en algunos modelos de sombreros de paja, cuyas copas, cubiertas de flores hábilmente combinadas aparecen cubiertas con tules moteados ó de auríferas estampaciones.

En general, los adornos de los sombreros para la próxima temporada de verano tienden á estar colocados en forma de *aigrette*. El encrestado es indudablemente un estilo de ornamentación que presta gran encanto á to-

da clase de *chapeaux*, bien sean sus alas semi-planas, bien levantadas, ó en forma de *bicorne*. Los sombreros de esta última forma son, ó exageradamente grandes, ó de unas proporciones sumamente reducidas. Estos últimos son más propios para niñas ó señoritas no muy altas y de finas facciones.

Todos los estilos de sombreros van adornados con grandes flores, con espléndidas escarapelas y *togues* de cintas, y con plumas, muchas de ellas sin rizar y no muy largas, precisamente para mayor contraste con las *pleureuses* que tanto se han llevado y seguramente seguirán llevándose por su gran efecto.

Los últimos modelos que he visto en *togues* son con copas de pajas lisas y con bandós de pajas listadas. El fondo de estas pajas son generalmente de clin negro, y la lista la forman unos á modo de *soutache* cosidos á la paja. Los colores más indicados son el esmeralda, el cerveza, el blanco y el azul marino, siempre sobre fondo negro. Los adornos de estos *togues* son sumamente sencillos: unas plumas, unos *couteaux*, un gran broche, ó simplemente un lazo formado de la misma paja.

Observo que me extiendo un poco en materia de sombreros, cuando precisamente por ser la especialidad á que me dedico gusto menos de ocuparme de ellos, por no caer del lado de la *réclame*.

Fijemos, pues, nuestra atención en algunos de los muchos accesorios que completan la *toilette* femenina.

Las sombrillas de mayor novedad son pequeñas, redondas, y muchas de ellas de terciopelo negro con forro de sedas de vistosos colores. Los mangos son largos, y los puños de mil diversas formas. Estos están forrados de terciopelo, aquellos terminan en diminuta caja para polvos, otros tienen artísticas incrustaciones marfileñas que juegan admirablemente con ciertos fondos de seda, con cintas superpuestas.

Las bolsas ó carteras ya no se llevan de terciopelo. Las más en boga son de auténticas y finas pieles con aplicaciones metálicas en las que aparecen engarzadas piedras de delicados efectos. Los estilos son diversos: ruso, japonés, egipcio, bizantino... En estos dos últimos estilos las hay confeccionadas

con ricos tisús y sus largos cordones están revestidos de hilillos de oro y plata.

.....
Me interesa ultimar los últimos detalles para mi regreso á la capital de la Montaña. Firmo, pues, y hasta muy pronto, mis amables lectoras.

Encarnación Méndez de Larrosa

París 12 de abril de 1911



NOTAS SUELTAS

Se ruega á los señores suscriptores de fuera de la capital se pongan al corriente con esta Administración, satisfaciendo, por libranza del Giro Mútuo ú otro medio análogo, el importe del trimestre vencido. Advertimos que las libranzas de la Prensa sólo son pagaderas en Madrid.

Del mismo tronco

Esta noche se celebrará en el Teatro Lara de Madrid, el estreno de la comedia en dos actos *Del mismo tronco*, original de nuestro querido amigo é ilustre colaborador don Enrique Menéndez y Pelayo, y publicada por REVISTA CÁNTABRA en su último número del mes de marzo.

Con la hermosa comedia, celebrará su beneficio la notable actriz Joaquina Pino.

Ha marchado á Gijón nuestro apreciable convecino don Francisco Pedraja.

En dicha población habrá contraído matrimonio el día 18 con la bella señorita Dolores Díaz, perteneciente á distinguida familia ovetense.

Ha salido para la Cavada nuestro apreciable convecino don Fernando García Becerra.

Ha regresado de París nuestra distinguida colaboradora Encarnación Méndez de Larrosa.

Durante su estancia en la capital francesa ha visitado los más acreditados talleres de sombreros y ha estudiado los últimos adelantos de la moda.

Las interesantes crónicas que nos remitió desde París son una muestra de la competencia de la señora Méndez de Larrosa en la especialidad á que se dedica.

Reciba nuestro afectuoso saludo de bienvenida.

Banquete

Mañana, domingo, se celebrará en el Gran Casino del Sardinero un banquete en honor de los señores que formaron la Comisión que fué á Madrid á gestionar la consignación para este puerto y otros asuntos de interés general para la vida de Santander. El público respondió á la invitación que le fué hecha, y el banquete promete estar muy concurrido, como no podía menos, reconociendo como un deber el acto de agradecimiento que se va á realizar.

Las personas en honor á las cuales se da el banquete son las siguientes: Alcalde de Santander, don Pedro San Martín; presidente de la Diputación, don Ramiro Pérez; presidente de la Cámara de Comercio, don Antonio Fernández Baladrón; presidente de la Junta de Obras del Puerto, don Eduardo Perez del Molino, é ingeniero-jefe don Jesús Grinda; vocal del Consejo de Fomento, don Isidoro del Campo; vocal de la Liga de Contribuyentes, don Angel Lloreda; presidente del Círculo Mercantil, don Anibal Colongues; vocales del Centro Minero, don Pedro Portilla y don Fernando Lavín Casalís; vocal de la Asociación de Propietarios, señor marqués de Hazas, y secretario de la Alcaldía, señor Pereda Elordi.

Se encuentra en esta ciudad, en la que pasará unos días, don José Villanova de Campos, jefe que fué hasta hace poco de Obras públicas de la provincia, destino en que dejó tan buenos recuerdos.

En la iglesia parroquial de la Anunciación se celebró el lunes pasado el enlace matrimonial de la virtuosa y bella señorita Anita Varona con el joven comerciante don Juan Manuel Pereda, siendo apadrinados los contrayentes por la distinguida y respetable señora doña Fernanda Mendoza, madre del novio, y don Gerardo Varona, padre de la novia.

En la presente semana salió para Treto el excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de la diócesis, con objeto de girar la Santa Pastoral Visita, que empezará por la parroquia de San Miguel de Aras.

Por la señora de don Valeriano Ingelmo y su hermano don Electo Torcida ha sido pedida la mano de la simpática señorita Emiliana Higuera para su hermano el conocido industrial de Heras don Jesús Torcida.

La boda se celebrará en breve.

En el Restaurant del Suizo se celebró el pasado jueves un banquete, con que obsequió á sus más íntimos amigos, el distinguido joven don José Illera Serrano, para despedirse de su vida de soltero.

El señor Illera contraerá en breve matrimonio con una bella señorita bilbaína, perteneciente á una acaudalada familia.

Al banquete, servido espléndidamente, asistieron además del anfitrión, los señores don Ramón Arrarte Isasi, don Pedro López Dóriga, don Miguel Quijano y Colina, don Eduardo Pérez, don José Presmanes, don Marcelino Pardo, don Pedro Raba, don Joaquín Presmanes, don José Hazas, don Román López Hoyos, don Joaquín F. Quintanilla, don Francisco Cosío, don Victoriano Pérez, don Juan Antonio Abarca, don Enrique Camino, don José Castanedo, don Mauricio Rivero, don José Luis Pedrosa, don Felipe Resines, don Cristino Pardo, don Estanislao Abarca, don Ruperto Arrarte Isasi, don Dionisio Erasun, don Luis M. Guitián y don Jenaro Rodríguez Lasso.

En la fiesta reinó la más completa alegría y terminó con gran animación, haciendo votos los comensales por la felicidad del futuro matrimonio.

Los invitados enviaron á la prometida del señor Illera una artística canastilla de flores, como recuerdo de la fiesta.

Después de haber pasado las fiestas de Semana Santa en Cabezón de la Sal, salió para Madrid el eminente ginecólogo y médico de Palacio excelentísimo señor conde de San Diego, acompañado de su hijo Juan Antonio.

Ha contraído matrimonio en Caldas de Besaya el acaudalado comerciante de Caranceja don Francisco Rubín con la bella y simpática señorita Milagros Corona.

Los recién casados, después de obsequiar con opíparo banquete á los invitados al acto, salieron para el extranjero.

En el concurso de prendas de vestir que hace la importante y acreditada sastrería de nuestro particular amigo don Julián Sánchez, han sido favorecidos el 20 del mes actual los señores don Joaquín Fernández, de Santander; don Dionisio Martínez, de Barreda; don Jesús Portillo, de Santander; don Felipe Agüero, de Guarnizo; don Mamerto Oceja, de Santander, y don Francisco González, de Torrelavega.

LA ECONÓMICA FÁBRICA DE HARINAS Y PAN

Molnedo, número 9

Venta de cebada, maíz y demás cereales y subproductos de la molinería

GRAN FÁBRICA

DE

CHOCOLATES DE AGUIRRE



Depósito: Artecalle, número 50.—BILBAO

ALFREDO RIVERO
SOMBRERERÍA

Gran surtido en los artículos del ramo

Plaza de la Constitución, 4

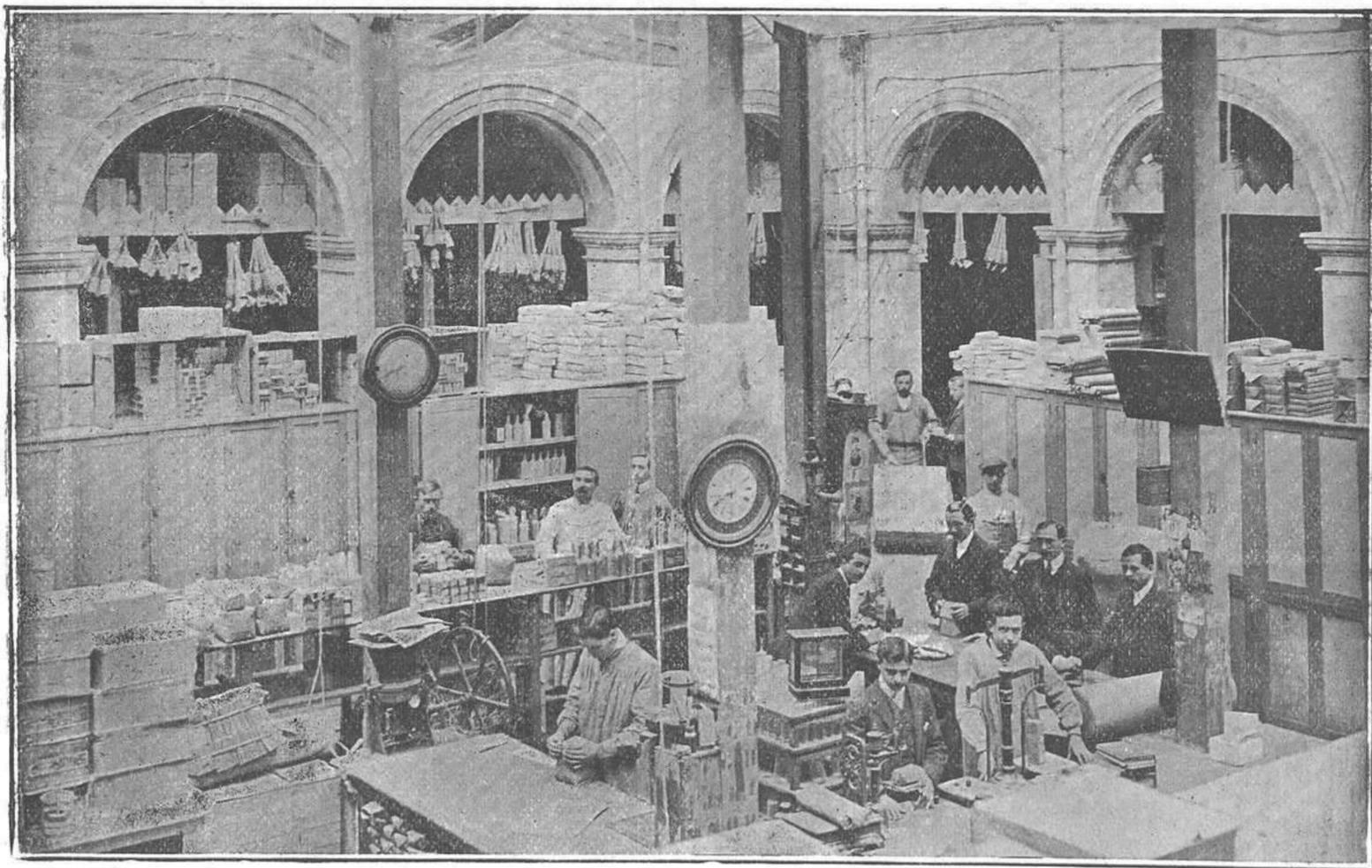
DESPACHO DE CARNES

DE

HIJOS DE J. ARPIDE

Abastecedores de la Compañía Trasatlántica

Mercado de la Esperanza, 21.



PEREZ DEL MOLINO Y COMPAÑÍA.—Droguería y Perfumería

EXPORTACIÓN Á TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

PABLO MATA Y COMP.^A

LA EQUITATIVA

MUEBLES Y TAPICERÍA

CORCHO HIJOS

SANTANDER

Maquinaria, calderería, fundición, bombas.—Reparación de buques.—Cocinas, bañeras y lavabos.—Presupuestos y catálogos gratis.

Salón Exposición en Madrid: Calle de Recoletos, 5

LA APARECIDA

FÁBRICA DE GALLETAS Y ROSQUILLAS
DE

JULIO OBESO GARCIA

PUENTE, 16

REINOSA

Galletas especiales para chocolate, té y café. Selectas rosquillas de Reinosa. Envíos y muestras á todas partes. Descuentos según los pedidos.

INTERESANTE PARA CABALLEROS

En la sastrería de Julián Sánchez encontrarán un magnífico surtido de impermeables color garantido, trajes y gabanes para las próximas estaciones de primavera y verano.

Corte irreprochable.—Inmejorables precios.

Lealtad, 2, (frente al nuevo puente)

SANTANDER

Anuncio en el interior de los tranvías eléctricos.— Más de TRES MILLONES de viajeros leen estos anuncios durante un año.

Anunciadora OPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Todo negocio es bueno si se anuncia mucho.

AZULEJOS — CEMENTOS PORTLAND — CAL HIDRÁULICA

Y OTROS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

JOAQUIN MADRAZO Y C.^A

Frente á la estación de los
Ferrocarriles de la Costa

Teléfonos números 61 y 73

Anuncio en azulejo esmaltado.—El más llamativo. El más elegante. El más duradero. El más perfecto.—Anunciadora ÓPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Ferretería.—Herramientas para toda clase de Artes, Minas y Agricultura.—Utensilios de casa y mesa.—Ubierna y Fernández.—San Francisco, 14.—Santander.

Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander.—Prado de Tantín.—Préstamos sobre alhajas, ropas, valores, créditos, hipotecas y sueldos.—Horas de oficina: de 9 á 1 y de 3 á 7.

Hotel Restaurant El Antiguo.—Calle de Bidebarrieta, Bilbao.—Menú á 5 pesetas, con vino ordinario, sopa, aperitivos surtidos, cuatro platos, repostería, postre surtido.—Un plato menos, 4 pesetas.—Se eligen los platos de la nutrida y variada carta diaria.—Confortables habitaciones desde 3 pesetas.—Hospedaje desde 10 pesetas.

La Zapita.—Lechería, proveedora del Sanatorio de Madrid.—Martillo, 2.

Compañía Santanderina de Navegación.—Muelle, 30.—Santander.—Servicio de transporte de ganados de Rotterdam á Santander.

El Nuevo Altillo.—Gran restaurant y casa de viajeros de Pablo é Isaac Benito.—Grandes reformas en los comedores; servicio esmerado, á la carta y por cubiertos; habitaciones confortables; cocina francesa y española.—Precios económicos.—Puente, 18 (al lado de la Librería Católica), Santander.

Despacho de carnes.—Restituto Pardo.—Plaza Nueva, número 65.—Se sirve á domicilio.

RESTAURANT "EL CÁNTABRICO"

DE

Pedro Gómez Hernández

Hernán Cortés, 9.—SANTANDER

Es el mejor de la población.—Comida francesa y española.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Servicio especial para bodas y banquetes dentro y fuera de la ciudad y á precios muy económicos.—Hay habitaciones para los señores viajeros.

DESPACHO DE CARNES

DE

MANUEL FERNÁNDEZ

Plaza del Este, números 15 y 16

Especialidad en carne de vaca y ternera. Se sirve á domicilio.

Adrés Galarreta.—Taller de Encuadernación y libros rayados de comercio.—Plaza de la Aduana, esquina á la del Príncipe.

La Compañía de Maderas.—Muelle de Maliaño.—Santander, Bilbao, Madrid.—Importación de maderas de pino del Norte de América y Francia.—Talleres de sierra mecánica y construcción de cajas para envases.—Jambas, molduras y virutilla de madera para empaquetar.

Motores, Dinamos, Transformadores.—Calefacción de edificios por vapor á baja presión.—Talleres: Madrazo y M. Guitián (S. en C.)—Santa clara, 11.—Teléfono número 216.

MÉDICOS

Especialista en partos y enfermedades de la mujer.—Dr. Herrera Oria.—Muelle, 7 y 8, 2.º.

Especialista en las enfermedades de la garganta, nariz y oídos.—Dr. Santiuste Buega.—Wad-Ras, 5, 1.º.

PROCURADOR

Emilio López Bisbal.—Abogado, Procurador de los Tribunales.—Wad-Ras, 3, 2.º.

DESPACHO DE CARNES

DE

FERNANDO SANTOS

Plaza del Este, núm. 67

Se sirve á domicilio á quien lo solicite.

FARMACIA DE LA ALAMEDA

A. FLOREDA MAZO

* Aguas minerales. * Productos químicos. * Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras. * Ortopedia, etc., etc. *****

Alameda 1.ª, 6 y 8.—SANTANDER

Café Restaurant del ANCORRA

HIJOS DE VICENTE GUTIÉRREZ

Muelle, número 5.—SANTANDER

Casa de primer orden.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Especialidad para bodas y banquetes con servicio especial.—Gran terraza en los meses estivales.—Conciertos por reputados artistas.—Helados.—Teléfono número 181.

DESTILERIA Y BODEGAS "SANTA MARINA"
PROPIETARIO
BENEDOMERO LANDA. — Udalla (Santander)

PEDID EN TODAS PARTES
ANÍS UDALLA * ES EL MÁS RICO É HIGIÉNICO
* DE LOS CONOCIDOS *

PARA DETALLES
JULIO PALACIOS = «LA MAR» = SANTANDER

PEDID
La Perra Gorda



CREMA POPULAR
...PARA... CALZADO ...Y... CUEROS
Caja: 10 céntimos

LIBRERÍA MODERNA
DE
MARIANO ALVIRA
Amós de Escalante, número 10
SANTANDER

Surtido de obras españolas y extranjeras. Centro de suscripciones á todos los periódicos y revistas. Tarjetas postales de fantasía y vistas de Santander y toda su región.

Servicio de encargos con rapidez

Enfermos del estómago é intestinos,
tomad siempre el

AGUA DE



HOZNAYO

— LA MEJOR —

AGUA DE MESA

NOVELAS publicadas por REVISTA CANTABRA

La coja del Machichaco, por Fernando Segura.

El amor de Carnaval y el Carnaval del amor, por Francisco Arpide y José Montero.

Del mismo tronco, comedia en dos actos, por Enrique Menéndez Pelayo.

ACADEMIA MINERVA

Colosía, 1. — SANTANDER

Bachillerato.—Comercio oficial y práctico.—Academias militares y de la Armada.—Ingenieros industriales.—Ayudantes de Obras públicas, Montes y Minas.—Topógrafos.—Estadística.—Aduanas.—Correos.—Telégrafos.—Tabacalera.—Banco de España, etc.

Este Centro de enseñanza cuenta con un numeroso personal docente con títulos académicos y profesionales.

Pídanse Reglamentos en la Secretaría

NOVELAS DE REVISTA CÁNTABRA

En el número correspondiente al día 29 de abril
aparecerá

CUENTO DE LEONES

novela por ALBERTO L. ARGÜELLO.

Precio de este número: 20 céntimos